Fernando Cubides

Unos cuantos restos humanos

La nitidez de las imágenes no parece dejar dudas. Evanescentes por definición, en la forma en que fueron mostradas lo eran más. Aprovechando las facilidades del software más corriente hoy, a la calavera encontrada se le superpusieron imágenes del rostro, una visión espectral. Algunos de los noticieros (precisamente aquellos con los que el difunto mantuvo una larga relación y contribuyeron, quieran que no, a su realce) apelaron a técnicos forenses, para explicar detalles y la secuencia de la identificación. Por su parte, el Señor Fiscal, al día siguiente del hallazgo, en su computador, explicó de modo convincente los tecnicismos de la identificación y el porcentaje de confiabilidad de una prueba como el ADN: 99.99937%. Los teleespectadores recibimos un breve cursillo sobre las técnicas empleadas para identificar restos humanos, que nos será útil ahora que se inicia una serie de exhumaciones. No en vano la antropología forense es una de las especialidades que más desarrollo tiene por estas latitudes.

Para cualquier observador el contraste entre la parquedad y el tecnicismo de la información de ahora, y la premura, la desmesura, la vehemencia de las declaraciones de ayer, no podía ser más estridente. Ni en sus peores pesadillas el difunto, tan proclive a los medios y tan amigo de los computadores, se habría imaginado que su propia calavera y su osamenta recibirían tal despliegue. Algunos de quienes hace unos años le dieron trato de estadista, que delinearon una estrategia de negociación con él y llegaron a suscribir una especie

de acuerdo (el famoso "Acuerdo del Nudo de Paramillo"[1]), viéndolo hoy ya reducido a unos cuantos restos humanos hacen acopio de valor para denostarlo. El lenguaje bíblico, o el de algunos poetas metafísicos que se ocuparon del mal, es el que parece dar el tono adecuado para referirse al ciclo vital de un personaje como Carlos Castaño.

En efecto, el lenguaje bíblico es el más acorde con ese destino individual. "El que a hierro mata a hierro muere", citó un cardenal, y añadió la referencia a Caín y Abel. Varios medios se hicieron eco de la referencia cainita. "Adán y Eva tuvieron dos hijos, Caín y Abel": así se inicia la historia de la humanidad en la versión bíblica, con el preludio de un fratricidio, evocaban esos comentaristas.

Hermandad extraña la de la muerte, la gran igualadora; fotos e imágenes televisivas que mostraban la excavación, dejaban ver la misma tierra, los mismos restos vegetales en rápida putrefacción, la misma vegetación tropical invasora que habíamos visto en la exhumación de tantas de sus víctimas; a mayor simbolismo los sicarios que lo asesinaron, sea que hubieran recibido órdenes para ello, sea por una especie de instinto patrimonial, enterraron su cadáver en su finca de Las Tangas que harta figuración ha tenido en la crónica judicial reciente y en la crónica de la violencia colombiana contemporánea. "Que me entierren en tierra llana, donde me pise el ganado", dice el corrido ranchero que canta la suerte de un pistolero folclórico, muy ligado a su tierra. Hubo quienes pronosticaron que en el caso de que lo hubieran matado no se encontrarían los restos, pues su cadáver habría sido "picadito", como tantos otros, para evitar su identificación. Aquí en cambio los noticieros mostraron a su asesino, indicando con frialdad y precisión el sitio; el hecho de que lo enterraran íntegro demostraba un residuo de respeto por el muerto. Volviendo a las imágenes de la exhumación, en la secuencia, de pronto, a medida que aparecen los restos, algo desentona marcando la diferencia con las otras exhumaciones con que los noticieros nos han familiarizado: el forense se detiene y le dicta a quien está anotando los hallazgos y la cámara se aproxima y enfoca: entre los restos ha aparecido la marquilla "Versace", ropa de marca de la prestigiosa casa de modas con sede en Milán y en Miami, un indicio más, y revelador antes del ADN, que distingue estos restos humanos de aquellos otros, los de sus pobres víctimas.

---

1 Uno de los documentos más singulares de la historia contemporánea. También por la representatividad de los firmantes, algunos de ellos actores de primera fila en la política de hoy. Dentro de lo que se definía como "agenda mínima de la negociación" aparecía: 1. Democracia y reforma política, 2. Modelo de desarrollo económico –y otros enunciados de igual calibre. Ver: *El Tiempo,* 28 de julio de 1998. Nunca hay que dejar de recordar que eran los últimos días del gobierno Samper.

La pérdida del poder de Carlos Castaño se hizo evidente desde que se iniciaron los intentos negociadores, que él había acogido con especial vehemencia, hasta el punto de aparecer en esos primeros acercamientos como su propiciador. A partir de allí otros jefes regionales empezaron a dar la cara, mostrándose más cautos y desautorizando la idea de una rápida negociación en los términos concebidos por Castaño. Cuando se hizo evidente que el poder de Castaño estaba en franca decadencia, los periodistas se dedicaron a averiguar quién sería el hombre fuerte. Durante algunas semanas aquello semejaba un carrusel: "!Es Báez!", y se buscaba a éste para interrogarlo, y el entrevistado parecía disfrutar su cuarto de hora de celebridad; "!Es Mancuso!", y lo mismo; "No: es su hermano Vicente!", y otro tanto. Y cuando aparecieron los cabecillas posando ante las cámaras, en camuflado y con todos sus arreos militares, para la puesta en escena en Ralito, las mejores crónicas y los observadores más perspicaces constataron que la mayoría de aquellos hombres no estaban hechos al monte, que no denotaban la más mínima familiaridad con las tribulaciones de la vida en campaña: la sola obesidad los delataba.[2] En cuanto a las diferencias con Carlos Castaño, la relación con la justicia norteamericana era al parecer el meollo del asunto. A Castaño lo trasnochaba el que su nombre, con todas sus letras, y a la cabeza de la organización que decía liderar, hubiera aparecido en la lista de las organizaciones terroristas elaborada por el gobierno norteamericano. Pero a la vez el trasfondo pragmático de su mentalidad le hacía intuir que había transacciones posibles. Las diferencias con los otros jefes paramilitares saltaron a la vista cuando algunos de ellos, sus antiguos subordinados, se refirieron mordazmente a su libro-autorreportaje como "Mi Confusión". Libro que habiendo sido un best-seller hoy parece olvidado y que, sin embargo, con todo y sus incongruencias y sus despropósitos, contiene una serie de pistas y de evidencias importantes. Quien quiera todavía descifrar varios de los rasgos del paramilitarismo –su rápido crecimiento, lo que pueda haber de lógica en sus acciones– debe hacer el esfuerzo de leerlo, pasando por sobre el desagrado que produce lo burdo de la retórica del entrevistado, la riqueza de léxico pero la pobreza de sintaxis del entrevistador, aparte de la multitud de errores de edición e imprenta con los que salió a la luz, dado el afán de los avisados editores que quisieron sacar el máximo beneficio de una coyuntura favorable. Libro que además tiene un pronóstico del todo válido, un vaticinio perfecto por parte del prologuista: "Su confesión podría colocarlo ante una Corte Penal Internacional, el anhelo de muchas de

2 Sin duda la más perspicaz de las crónicas de esta etapa es la escrita a cuatro manos por Luz María Sierra y Álvaro Sierra: "Un día en el corazón de las AUC" (*El Tiempo,* domingo 16 de mayo de 2004). Acerca del liderazgo de la oganización, de su estructura de poder, se afirma allí: "Se presentan como un grupo colegiado de dirección de 33 miembros".

sus víctimas y de los que rechazamos de plano todos sus crímenes. Sin embargo, no creo que llegue nunca ese momento. Esas fuerzas oscuras de las que tanto se habla en este país acabarán antes con su vida, cuando sientan que no lo necesitan más".[3] Vaticinio que tampoco es que fuera tan difícil hacer si se ha leído suficiente novela negra (donde se muestra reiteradamente que el modo "normal" de ascenso en una organización criminal consiste en matar al jefe, y que si ese jefe obra de por sí poniendo en riesgo a los demás miembros entra en la zona en que los disparos son a la cabeza), y si se tienen además en cuenta las características del personaje, la multitud de sus víctimas, sus exabruptos, lo deleznable del terreno que solía pisar. Los que ordenaron su asesinato han logrado permanecer ocultos, y mientras se mantengan ocultos pueden comprobar –como la Warner Brothers, especializada en llevar al cine la novela negra– que el crimen sí paga. Para mayor coincidencia, de claro valor simbólico, el libro se inicia con lo que se supone es la exhumación del cadáver de su hermano Fidel (de hecho, el primer capítulo se titula: "La exhumación") en "un lugar en la orilla del río Sinú, predios de la finca Las Tangas". Carlos Castaño, manipulando el cadáver y dando órdenes presurosas a sus hombres para abreviar el trance, muestra una gran familiaridad con la muerte: "*!Cómo queda uno¡ ¿Qué es la vida?* (…) *!Uno no es nada!"*, como cuenta Aranguren, quien dice haberlo acompañado en ese momento.

De los diversos perfiles trazados de él durante su ascenso a la cúpula paramilitar, especialmente en los reportajes y entrevistas que concedió cuando estaba en el foco de la atención, tal vez el más logrado sea el de Bernard-Henri Lévy (BHL para los franceses, quien practica un estilo de crónica que es objeto de controversia, aun cuando nadie desconoce su osadía al ir al terreno, su afán de obtener percepciones directas). Publicada inicialmente en junio de 2001, la semblanza acentúa los rasgos enfermizos, la inestabilidad emocional, la intemperancia verbal, la fijeza de la mirada que por momentos le hace pensar a Lévy que el personaje está drogado.[4] No hay duda de que a Lévy le es profundamente antipático el entrevistado, tanto que parece dispuesto de entrada a no creer en ninguna de sus pretendidas motivaciones políticas, pero aún así mantiene el formato, y capta muy bien el entorno, la relación con los subordinados y con la población de las zonas adyacentes. Hay ecos de Hobsbawm en la descripción del carácter mafioso y a la vez campesino, de la violencia descarnada, del primitivismo de estas latitudes visto con ojos europeos. Pero en definitiva lo que el francés no captó es que esa

3 *Mi Confesión. Carlos Castaño revela sus secretos*, Mauricio Aranguren Molina, Editorial la Oveja Negra; prólogo de Salud Hernández Mora, p. 14.

4 "Les maux de tête de Carlos Castaño –Reportage", en: *Le Monde*, 2/6/2001. (Hay versión española).

premura, ese nerviosismo, ese tipo de emotividad son más comunes por estos lares de lo que a un europeo le parece a primera vista: es "nuestro precipitado corazón" al que se refirió el poeta cuando quiso definir el modo de ser colombiano.

La recapitulación de algunos de los hechos que Castaño protagonizó, de por sí nada grata, resulta inevitable si se trata de comprender, si se trata de realizar "un atento e impremeditado enfrentamiento de la realidad" tal cual es. Al mirar la trayectoria del personaje es notable la fascinación que llegó a producir en los medios electrónicos: era como si tuviera una intuición de sonámbulo para sacar provecho de las oportunidades y el protagonismo que le ofrecían los periodistas que cubren "orden público". Hay claves importantes en su libro-confesión, como su papel de informante –a todas luces decisivo– en la guerra de los Pepes contra Pablo Escobar, el intenso aprendizaje empírico del manejo de la información de inteligencia que hizo en esa coyuntura, así como de la contrainformación y la desinformación. Están además su estadía y su entrenamiento intensivos en Israel (no desmentidos hasta ahora por ninguna autoridad) y su idea de "ser guerrero", pero de serlo en una forma más metódica que la guerra por procuración que intentaron los narcotraficantes de la primera generación. Tan abrumador protagonismo mantuvo entre julio de 1998 y 2002, tanta figuración de primera línea consiguió, que por momentos editores y redactores perdían por completo todo criterio y, rutinizados, llegaban a presentarlo del modo más descontextualizado como si se tratara de un benefactor.[5]

"Descrestadoramente inteligente" lo llamó Piedad Córdoba, poco después de la liberación tras haberla secuestrado (aunque tal vez todavía bajo el efecto del "Síndrome de Estocolmo"); los distintos entrevistadores, periodistas de escuela algunos, no lograron sacarlo de su libreto o ponerlo en mayores dificultades; dejaba ver eso sí la falta de formación, un provincianismo arraigado: suya era la burda y cacofónica expresión "Los DH", para referirse a los derechos humanos, queriendo ser sintético, o imitar, sin gracia, otra abreviación que solía hacerlo trastabillar en sus declaraciones: el DIH. "Echao p'elante", sin duda, para usar una expresión regional que de seguro le era grata, dejaba ver esa convicción de que, cuando de negociar se trata, el arte del regateo impera, que el asunto

5 Un ejemplo al canto: en la columna de información política, junto a noticias de representantes y senadores, y otras del trajinar político cotidiano, en *El Tiempo,* 21, VIII, 2001. Ilustrada con una foto en que, en un ambiente de oficina ejecutiva, Castaño estrecha la mano de un joven, el pie de foto informa: "Carlos Castaño Gil, miembro de la dirección política de las Autodefensas Unidas de Colombia (Auc), le reconoció a Gerson Andrés Flórez, el niño de 15 años que trabaja desde hace cinco por la paz, que 300 menores colaboran con su organización portando radios o cargando víveres. Se comprometió a retirarlos gradualmente, si las instituciones asumen su educación". Punto y aparte y se pasa a otra información.

consistía en "cañar" y hacerlo alto, para lograr ventajas, y la experiencia le había enseñado que esas fugas hacia adelante en situaciones intrincadas podían ofrecerle, y le habían surtido, dividendos.

Cuatro años de intensa figuración, convertido en uno de los ejes de la política colombiana, con sus declaraciones recibiendo gran despliegue; convencido de su importancia por el modo en que lo buscaban destacadas figuras de la política y periodistas de vuelo; desaforado y delirante en ocasiones, sin que dejara de ser calculador; "animal de monte", consciente del riesgo, en sus últimas declaraciones y entrevistas televisadas, se echó de ver que el principal riesgo que percibía era el que pudiera provenir de algunos de sus conmilitones. En la última entrevista que concedió, cuando ya quienes habían crecido a su sombra lo sobrepujaban, baja el tono, se muestra más cauto, denota una inquietud que apenas logra disimular; en esa entrevista habló todo el tiempo sin vehemencia alguna, mostrándose contemporizador por momentos. En verdad, daba la impresión de saberse sentenciado.

En fin, pocas cosas tan aleccionadoras como el contraste entre aquellas imágenes triunfalistas en que, vociferante ante las cámaras, arengaba a sus tropas uniformadas, armadas hasta los dientes, con todos sus arreos de guerra, perfectamente alineadas, un grupo del tamaño de un batallón, y esas imágenes últimas, espectrales, en que un rostro virtual se superpone a su calavera y luego se va desvaneciendo, perdiendo su aparente carnadura, hasta que lo único que se ve, en primer plano, es la imagen misma de la muerte.